

# VIDA Y ESPIRITUALIDAD

**Revista de reflexión y testimonio cristiano**

mayo-agosto de 2014, año 30, n. 88

---

# La alegría que nace del Señor: el mensaje de *Evangelii gaudium*

P. Jorge Olaechea C.

«Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»<sup>1</sup>. Esta afirmación, tomada del inicio de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, que el Papa Francisco le ha regalado a la Iglesia y al mundo entero, resume con precisión lo que nos parece ser el mensaje espiritual de este importante documento.

Como puede resultar evidente echando una mirada sólo al índice de la exhortación, nos encontramos ante un texto complejo y variado en contenidos, reflexiones y propuestas, y sin embargo animado al mismo tiempo como por un solo espíritu que lo hace particularmente cercano y “vital” para quien se aproxima a él.

## La alegría de un encuentro personal

Lo primero que nos recuerda *Evangelii gaudium* es la relación que existe entre la alegría cristiana y una Persona concreta.

---

1. Francisco, *Evangelii gaudium*, 1.



*En Evangelii gaudium el Papa Francisco nos ofrece lo que considera debe ser la tarea de la Iglesia hoy en día.*

Estar *con Alguien* hace nacer en nosotros la alegría, y ese alguien es Jesucristo, Hijo eterno del Padre e Hijo encarnado de Santa María. Nos dice más precisamente que «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida de *los que se encuentran con Jesús*»<sup>2</sup>. Vemos delinearse aquí elementos que recorren todo el documento, y que constituyen algo así como

su punto de vista, su ángulo de mirada: la aproximación del encuentro personal.

La vida del cristiano es una relación de persona a persona, una relación con Alguien que tiene un nombre, un rostro y una mirada, una voz y una palabra, que está vivo, presente y actuante. La alegría del Evangelio es la alegría de Alguien que llega a nuestras vidas. No es una alegría por algo que sabemos, o que sentimos, o que hacemos —por más noble y bueno que este “algo” pueda ser—, sino por Alguien que sale a nuestro encuentro para quedarse *con* nosotros y que nos invita a vivir y a caminar *con* Él. La primera cita que hace Francisco de su predecesor señala enérgicamente esta clave del encuentro personal: «No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>3</sup>»<sup>4</sup>.

2. Lug. cit. Las cursivas son nuestras.

3. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 7.

4. Francisco, *Evangelii gaudium*, 7.

La misión evangelizadora —de la que el Papa Francisco quiere impulsar una “nueva etapa” con su exhortación<sup>5</sup>— no solamente supone este encuentro personal entre el discípulo y Jesús, sino que se desarrolla también según esta misma modalidad o “estilo”: se evangeliza saliendo de uno mismo, yendo al encuentro de la otra persona. El apóstol —es decir, todo hijo e hija de la Iglesia— es invitado «a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo»<sup>6</sup>. Así, cuando Francisco hace explícita su *intención* al tratar los asuntos a los que dedica el documento, además de su «importante incidencia práctica» en la tarea actual de la Iglesia, señala el hecho de que «ellos ayudan a perfilar un determinado estilo evangelizador que invito a asumir *en cualquier actividad que se realice*»<sup>7</sup>.

## En la misma revelación del misterio del Padre y de su amor

Si todo esto es verdad, la pregunta que surge naturalmente es por este Alguien que es capaz de hacer nacer en nosotros la alegría. ¿Quién es? ¿Y cómo es posible que haga “nacer” algo en mí? Es «el hombre Cristo Jesús» (1Tim 2,5), como lo llama San Pablo, es el Verbo Encarnado, es el Hijo eterno del Padre que, «nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros»<sup>8</sup>, para hacernos llegar el amor infinito de

---

5. Ver allí mismo, 1, 17, 261 y 287.

6. Allí mismo, 88.

7. Allí mismo, 18. Es interesante notar esta preocupación constante del Papa Francisco por el “estilo”, por la actitud del apóstol, por su modo de aproximarse a la realidad y a los demás, que debe buscar conformarse al “estilo” de su Maestro.

8. *Gaudium et spes*, 22.

Dios Padre, para «hacernos partícipes de la naturaleza divina» (2Pe 1,4), para que alcancemos «la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8,21).

Es en el encuentro con este Amor del Padre que brilla en el rostro del Hijo donde se nos revela, como en un solo movimiento, quién es Dios y quiénes somos de verdad nosotros mismos. He ahí la Buena Noticia que nos llena de alegría: «*Qui est imago Dei invisibilis, Ipse est homo perfectus*»<sup>9</sup>, como decía con profética precisión el Concilio Vaticano II, «quien es imagen de Dios invisible, Él mismo es el hombre perfecto».

En esa cercanía de Dios descubro su *amor incondicional*. En el Señor Jesús, Dios no me pone condiciones, no me pide nada antes, sino que, por el contrario, se me adelanta, sale a mi encuentro y me sorprende, me precede, o para decirlo con palabras muy propias del Santo Padre: me “primerea” en el amor<sup>10</sup>. La iniciativa es siempre suya, y la toma siempre sin importarle en qué situación me encuentro. No sólo eso, sino que en cierto sentido “los preferidos” del Señor son los que están o se sienten más alejados de Él, los pecadores, los distanciados (la oveja perdida, la dracma perdida, el hijo pródigo), los que no se sienten dignos del amor (la prostituta, el leproso, el publicano); no los que están sanos, sino los enfermos; no los justos, sino los pecadores (ver Lc 5,31-32).

Al llegar a nuestras vidas, el Señor siempre obra creativamente: uniendo lo que está dividido, fortaleciendo lo que está débil, sanando lo que está enfermo, dando vida a lo que está muerto, reconstruyendo lo que ha sido destruido por el pecado. En una palabra: *reconciliando*. Este amor reconciliador de Dios en Cristo no es un paliativo para que nos sintamos mejor, sino que es real y efectivo: «Como descenden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la

---

9. Lug. cit.

10. Ver Francisco, *Evangelii gaudium*, 24.

fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí vacía, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié» (Is 55,10-11). Él hace nuevas todas las cosas (ver *Ap* 21,5), trae realmente la nueva creación, el reino de los cielos a la tierra<sup>11</sup>.

El amor del Padre revelado en Jesucristo es también eterno: Dios es siempre fiel, no se retracta, no se echa atrás, sus promesas son perennes. Y el signo indeleble de esa eternidad y fidelidad es la Cruz de Cristo. Cuando todo parece perdido, cuando la única opción ante el ensañamiento del mal y del odio contra el Hijo de Dios pareciera ser o el desplegarse de la ira divina (con «legiones de ángeles», ver *Mt* 26,53) o la renuncia a la entrega total («baja de la cruz», ver *Mt* 27,40), en ese momento Dios realiza el gesto eterno («nos amó hasta el extremo», ver *Jn* 13,1), va hasta el final no sólo en dar su vida, sino también en derramar su amor y misericordia sobre aquellos que se la quitan. Y como razona sabiamente San Pablo, «Aquel que no se ahorró ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él graciosamente todas las cosas?» (*Rom* 8,32).

Este amor sin límites de Dios —enseña el Papa Francisco— nos permite reconocer quiénes somos, cuál es nuestra dignidad, y ese reconocimiento siempre renovado se convierte en la fuente constante de nuestra alegría: «Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura

---

11. Las curaciones, liberaciones, milagros y signos que realiza Jesús hablan del “realismo” de lo que Dios hace con su amor, son señales de la llegada de los tiempos mesiánicos: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva» (*Lc* 7,22).

que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia delante!»<sup>12</sup>.

Estas palabras de *Evangelii gaudium* nos acercan desde una perspectiva particular, vital y hondamente existencial, a la verdad sobre la dignidad del ser humano revelada en la Encarnación del Verbo, así como a sus efectos reales en nuestras vidas hoy. La novedad que encontramos y acogemos —y que nos llena de alegría— no es algo sino Alguien: el Hijo del Padre, el Señor Jesús, quien «siempre joven y fuente constante de novedad», hace de la vida y misión de cada cristiano un reflejo de la eterna y constante «creatividad divina»<sup>13</sup>.

## Ser amigos de Dios

Hay una estrecha relación entre alegría y plenitud. «Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría sea plena» (*Jn 15,11*): la Sagrada Escritura nos muestra a Jesús y a los discípulos “llenos” de gozo (ver *Lc 10,21*; *Hch 13,52*). La plenitud humana, sin embargo, es una plenitud personal, es decir, está siempre más allá de sí misma, se realiza con la trascendencia propia de la persona humana.

El Papa Francisco, en su insistente invitación a “salir” de nosotros mismos —corazón del mensaje espiritual de su pontificado—, se hace heraldo de la sabiduría de la Iglesia sobre lo que significa ser auténticamente persona humana: ser imagen y semejanza de Dios que es Comunión de Personas, y que nos llama, nos invita a responderle, a salir también nosotros libremente a su encuentro. «Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz

---

12. Francisco, *Evangelii gaudium*, 3.

13. Allí mismo, 11.

amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos —afirma Francisco— cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero»<sup>14</sup>.

Vivir respondiéndole a Alguien que nos ama sin límites: eso es la vida cristiana, que se convierte así en *feliz amistad* con Dios. Esta amistad nos realiza, nos hace felices, llena de alegría «el corazón y la vida entera» del ser humano, liberándolo «del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento»<sup>15</sup>.

Esta “liberación” o “rescate” señalados por la exhortación traen a nuestra memoria el llamado del Apóstol San Pablo a dejarnos reconciliar por Dios (ver *2Cor* 5,20), acogiendo su gracia para que obre en nosotros la conversión al hombre nuevo (ver *2Cor* 5,17). Sin embargo, el contenido de esta realidad de siempre es expresado por el Papa Francisco como un paso de la tristeza a la alegría, del vacío a la plenitud, del aislamiento al encuentro.

Esta categorización parte de una mirada a la realidad, de una especie de diagnóstico del mundo y la Iglesia, que vale la pena tener ante nuestros ojos para entender la fuerza y la actualidad del mensaje espiritual de *Evangelii gaudium*: «El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten

---

14. Allí mismo, 8.

15. Allí mismo, 1.



en seres resentidos, quejosos, sin vida. Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado»<sup>16</sup>.

La convicción del Papa Francisco es que la única vía de salida de esta situación para el mundo y para la Iglesia es recorrer el camino de la auténtica amistad con Dios —«nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor»<sup>17</sup>—, que lejos de encerrarnos en nosotros mismos nos lanza a la entrega generosa, al encuentro de los demás, especialmente de los más necesitados: «El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo»<sup>18</sup>.

## El camino de la filiación por obra del Espíritu

Esta amistad con nosotros, Dios Padre ha querido transformarla en *filiación*. Como enseñaba San Juan Pablo II, en Jesús «Dios no se limita a asegurarnos una pródiga asistencia paterna, sino que comunica su misma vida, haciéndonos “hijos en el Hijo”»<sup>19</sup>. Nada expresa de modo tan admirable la grandeza del amor de Dios como el habernos elegido gratuitamente para que seamos sus hijos e hijas. Es —en palabras del Papa Francisco— una auténtica «obra de su misericordia»: «No hay acciones humanas, por más buenas que sean, que nos hagan merecer un don tan grande. Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí. Él envía su Espíritu a nuestros corazones para hacernos sus hijos,

---

16. Allí mismo, 2. Ver también los nn. 83, 89 y 275.

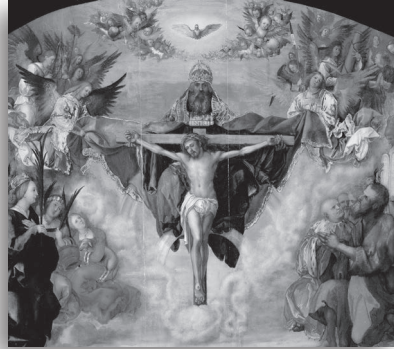
17. Allí mismo, 265.

18. Allí mismo, 88.

19. San Juan Pablo II, *Catequesis durante la audiencia general*, 13/1/1999, 4. Ver *1Jn* 3,1.

para transformarnos y para volvernos capaces de responder con nuestra vida a ese amor»<sup>20</sup>.

Y el fundamento de nuestro ser hijos es la filiación eterna del Hijo, fuente inagotable de su propia alegría y plenitud. Un hermoso pasaje de la exhortación apostólica *Gaudete in Domino* del Papa Pablo VI —de quien Francisco se ha declarado



---

*La alegría cristiana brota de nuestra amistad con Dios, que el Padre ha querido transformar en filiación.*

---

deudor en más de una ocasión—, expresa esta verdad profunda de la vida del Señor Jesús: «Nos interesa destacar el secreto de la insondable alegría que Jesús lleva dentro de sí y que le es propia... Si Jesús irradia esa paz, esa seguridad, esa alegría, esa disponibilidad, se debe al amor inefable con que se sabe amado por su Padre»<sup>21</sup>. Y prosigue: «No se trata, para Jesús, de una toma de conciencia efímera: es la resonancia, en su conciencia de hombre, del amor que Él conoce desde siempre, en cuanto Dios, en el seno del Padre: “Tú me has amado antes de la creación del mundo” (Jn 17,24). Existe una relación incommunicable de amor, que se confunde con su existencia de Hijo y que constituye el secreto de la vida trinitaria: el Padre aparece en ella como el que se da al Hijo, sin reservas y sin intermitencias, en un palpitar de generosidad gozosa, y el Hijo, como el que se da de la misma manera al Padre con un impulso de gozosa gratitud, en el Espíritu Santo. De ahí que los discípulos y todos cuantos creen en Cristo, estén

---

20. Francisco, *Evangelii gaudium*, 112.

21. Pablo VI, *Gaudete in Domino*, 9/5/1975, 24.

llamados a participar de esta alegría. Jesús quiere que sientan dentro de sí su misma alegría en plenitud: “Yo les he revelado tu nombre, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y también yo esté en ellos” (Jn 17,26)»<sup>22</sup>.

Así, en este camino de “feliz amistad” con Dios nos vamos haciendo cada vez más conformes al Señor Jesús, Hijo del Padre e Hijo de María. Su Amor divino —que es también una Persona: el Espíritu Santo— va moldeando nuestras vidas, va forjando nuestra existencia según la suya, y nos invita a responderle según esa grandeza. Nos va haciendo una y otra vez capaces de amar y de entregarnos a los demás, ya no sólo con nuestras capacidades y límites, sino con su mismo Amor eterno. Se trata, como ya indicaba el Papa Francisco, de permitirle a Dios «que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero»<sup>23</sup>. Esta vida en Cristo trae consigo una alegría y un gozo que van más allá de lo humano, porque beben del «corazón rebosante»<sup>24</sup> del Señor Jesús: «Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (Jn 15,11).

La auténtica alegría cristiana, entonces, es un don del Espíritu Santo. No es algo que nos inventamos, que nos imponemos artificialmente, sino que es fruto de aquella vida que Jesús nos ha ganado con su Vida, con su Pasión, Muerte y Resurrección. No es tampoco una simple posibilidad, sino una realidad al mismo tiempo presente y eterna: «La alegría pascual no es solamente la de una transfiguración posible: es la de una nueva presencia de Cristo resucitado, dispensando a los suyos el Espíritu, para que habite en ellos. Así el Espíritu Paráclito es dado a la Iglesia como principio inagotable de su alegría de esposa de Cristo glorificado... Y el cristiano sabe que este Espíritu no se extinguirá jamás

---

22. Allí mismo, 24-25.

23. Francisco, *Evangelii gaudium*, 8.

24. Allí mismo, 5.

en el curso de la historia. La fuente de esperanza manifestada en Pentecostés no se agotará»<sup>25</sup>.

## La alegría cristiana no es una fuga de la realidad

Una objeción frecuente —y en cierto sentido comprensible en un mundo como en el que vivimos— podría ser formulada de este modo: ¿Cómo podemos estar alegres cuando hay tanto dolor y sufrimiento en la vida? ¿No se trata de una especie de fuga de la “realidad real”, con su crudeza algunas veces brutal, hacia una especie de falsa realidad donde todo es “color de rosa”, donde todo está bien, donde todo está en orden y en paz? ¿La alegría cristiana no es un triste consuelo para ilusos o cobardes?

Con un sano realismo que desarma cualquier razonamiento intrincado, el Papa Francisco responde: «Reconozco que la alegría no se vive del mismo modo en todas las etapas y circunstancias de la vida, a veces muy duras. Se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo. Comprendo a las personas que tienden a la tristeza por las graves dificultades que tienen que sufrir, pero poco a poco hay que permitir que la alegría de la fe comience a despertarse, como una secreta pero firme confianza, aun en medio de las peores angustias»<sup>26</sup>.

Al centro del dinamismo del amor traído por Cristo, y de la alegría que de él brota, se encuentra la Cruz. No hay cristianismo sin ella. Es la paradoja última de la obra de Dios: no elimina el mal, no anula el pecado, sino que lo vence “haciéndose cargo” de él en su propia carne. La alegría cristiana es una alegría encarnada y crucificada, tanto cuanto es una alegría resucitada y transfigurada. Lo expresaba con claridad Pablo VI en su

---

25. Pablo VI, *Gaudete in Domino*, 9/5/1975, 29.

26. Francisco, *Evangelii gaudium*, 6.



La auténtica alegría está unida a la Cruz  
y nos lanza al servicio de los hermanos.

exhortación: «Sucede que, aquí abajo, la alegría del Reino hecha realidad, no puede brotar más que de la celebración conjunta de la muerte y resurrección del Señor. Es la paradoja de la condición cristiana que esclarece singularmente la de la condición humana: ni las pruebas, ni los sufrimientos quedan

eliminados de este mundo, sino que adquieren un nuevo sentido, ante la certeza de compartir la redención llevada a cabo por el Señor y de participar en su gloria. Por eso el cristiano, sometido a las dificultades de la existencia común, no queda sin embargo reducido a buscar su camino a tientas, ni a ver en la muerte el fin de sus esperanzas... En el anuncio gozoso de la resurrección, la pena misma del hombre se halla transfigurada, mientras que la plenitud de la alegría surge de la victoria del Crucificado, de su Corazón traspasado, de su Cuerpo glorificado, y esclarece las tinieblas de las almas»<sup>27</sup>.

¿Es posible entonces la alegría auténtica aun en medio del dolor? El mundo responde que no, y prefiere encerrarse en sí mismo con tal de no sufrir<sup>28</sup>. El Señor Jesús nos enseña que

27. Pablo VI, *Gaudete in Domino*, 9/5/1975, 28.

28. «La tentación —precisa el Papa Francisco— aparece frecuentemente bajo forma de excusas y reclamos, como si debieran darse innumerables condiciones para que sea posible la alegría. Esto suele suceder porque “la sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría” (Pablo VI, *Gaudete in Domino*, 8). Puedo decir que los gozos más bellos y espontáneos que he visto en mis años de vida son los de personas

pueden convivir el dolor y la alegría, pero que la alegría es más profunda que el dolor: no lo elimina, no lo anula, pero sí es capaz de transformarlo y darle sentido en este mundo, así como de vencerlo definitivamente en el mundo futuro. Pero es solamente a partir de esta co-presencia de la Muerte y la Resurrección en la Cruz gloriosa de Cristo que entendemos el realismo de la alegría cristiana.

## La alegría de la Virgen María

En la conclusión de su exhortación apostólica, el Papa Francisco invita a todos a fijar la mirada en la Madre de Dios, «para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores»<sup>29</sup>.

En medio del dolor y la tristeza —incluso cuando el amor de Dios puede parecernos lejano o inalcanzable— siempre tenemos a la Virgen. «¡Oh tú, que te sientes lejos de la tierra firme, arrastrado por las olas de este mundo, en medio de las borrascas y de las tempestades, si no quieres zozobrar, no quites los ojos de la luz de esta Estrella, invoca a María!... En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María»: así se expresaba San Bernardo, quien con esta oración nos dejó no sólo un poema de amor a la Virgen, sino también un testimonio del camino que el mismo Jesús señaló a todo discípulo indicando a su Madre desde la cima de su sufrimiento en la Cruz<sup>30</sup>.

---

muy pobres que tienen poco a qué aferrarse» (Francisco, *Evangelii gaudium*, 7).

29. Allí mismo, 287.

30. Charles Péguy lo describía a su amigo Joseph Lotte en unas líneas cargadas del peso de su doloroso camino: «Figúrate, durante dieciocho meses no he podido decir el *Padrenuestro*. No podía decir “Hágase su voluntad”. Es horrible... Entonces he recurrido a María. Las oraciones

Santa María vive bebiendo de la fuente misma de la alegría: del amor de Dios que está siempre a su lado. Dios, que desde su concepción la ha constituido Inmaculada, llena de gracia, para que pueda un día acoger con alegría al Hijo eterno en su seno. Dios, que mirando la humildad de su Sierva hace obras grandes por Ella, y por eso se alegra su espíritu en el Señor, su salvador. Dios, que ama tanto al mundo que nace como un Niño pequeño, siendo así una alegría para todos los pueblos. Dios, que va hasta el extremo de entregar su vida por nosotros e invita a María a ir hasta el extremo con Él al pie de la Cruz, viviendo el misterio de ese río profundo de alegría en medio del más grande dolor. Dios, que Resucitado abre el camino de la vida nueva en el Espíritu, del que la Virgen es la primera partícipe gozosa.

«Junto con Cristo —recuerda Pablo VI— Ella recapitula todas las alegrías, vive la perfecta alegría prometida a la Iglesia: “*Mater plena sanctae laetitiae*” y, con toda razón, sus hijos de la tierra, volviendo los ojos hacia la madre de la esperanza y

---

*Lo primero que nos recuerda Evangelii gaudium es la relación que existe entre la alegría cristiana y una Persona concreta. Estar con Alguien hace nacer en nosotros la alegría, y ese alguien es Jesucristo.*

---

---

a María son oraciones de reserva. No hay una en toda la liturgia, ¡una! ¿lo entiendes?, que el más miserable pecador no pueda decirla verdaderamente. En la economía de la salvación, el *Avemaría* es el último socorro. Con ella no se puede perder» (citado en Ignacio Zumalde, *Charles Péguy*, en «Istmo», septiembre-octubre de 1962, p. 51).

madre de la gracia, la invocan como causa de su alegría: “*Causa nostrae laetitiae*”»<sup>31</sup>.

Santa María es el ícono vivo de la alegría cristiana. Ella encarna de modo perfecto y a la vez cercano lo que el Papa Francisco señala a la Iglesia y al mundo con *Evangelii gaudium*: dejar que la alegría nazca y renazca en el encuentro con Jesucristo. «Madre del Evangelio viviente —podemos también rezar nosotros con el Santo Padre—, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros»<sup>32</sup>.

*El p. Jorge Olaechea Catter, filósofo y teólogo peruano, es Asistente de Instrucción del Sodalicio de Vida Cristiana. Dedicado también a la enseñanza, ha colaborado en Roma con el departamento de Ciencias de la Formación de la Universidad La Sapienza y con la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Gregoriana. Entre sus publicaciones se encuentra: Rudolf Allers, psiquiatra dell’umano.*

---

31. Pablo VI, *Gaudete in Domino*, 9/5/1975, 34.

32. Francisco, *Evangelii gaudium*, 288.